

CRUCES TEMPORALES Y CONCEPTUALES PARA LEER LA RELACIÓN ENTRE CONSTITUCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD EN LA ADOLESCENCIA Y AGRUPACIONES JUVENILES DE CIUDAD

Diego Fernando Bolaños¹

Universidad Santiago de Cali, Colombia

diego.bolanos04@usc.edu.co

ORCID: 0000-0002-6629-4705

DOI: 10.17533/udea. affs.v17n32a01

Resumen

Este texto tiene como objetivo demostrar que la adolescencia es un escenario de constitución subjetiva a la vez que intenta explicar, desde el psicoanálisis, cómo agrupaciones juveniles de ciudad funcionan a manera de dispositivo en la constitución de la subjetividad de adolescentes que las integran elementos que hicieron parte del objetivo de una investigación – intervención de orientación clínica psicoanalítica realizada entre el 2013 y 2016 en Colombia y Argentina. Para

ello se destaca el lugar de la adolescencia en el campo conceptual de la teoría psicoanalítica explicando como el sujeto, para su constitución, supera los impases a los que es sometido por la irrupción de la pubertad recorriendo, a su manera, y con sus recursos este pasaje de transición.

Palabras Clave: Adolescencia; Agrupaciones Juveniles de Ciudad; Constitución de la Subjetividad; ambivalencias e incertidumbres

1 Docente dedicación exclusiva de la Universidad Santiago de Cali (Colombia), Facultad de Salud. Departamento de Psicología. Postdoctor en Educación por la Universidad Federal de Minas Gerais (Brasil). Línea de investigación Psicología, Psicoanálisis y Educación del programa de postgraduación en Conocimiento e Inclusión Social.

TEMPORAL AND CONCEPTUAL CROSSROADS TO READ THE RELATIONSHIP BETWEEN THE CONSTITUTION OF SUBJECTIVITY IN ADOLESCENCE AND CITY YOUTH GROUPS

Abstract

This paper aims to demonstrate that adolescence is a stage of the subjective constitution while trying to explain, from psychoanalysis, how the city youth groups function as a device in the constitution of the subjectivity of adolescents who participate in them. These elements were part of the objective of a research -intervention of psychoanalytic clinical orientation carried out in Colombia and Argentina between 2013 and 2016. To this end, the place of ado-

lescence in the conceptual field of the psychoanalytic theory is highlighted by explaining how subjects, for their constitution, overcomes the impasses to which they are subdued due to the irruption of puberty by going through, in their own way and with their resources, this transition passage.

Keywords: Adolescence; City Youth Groups; Constitution of Subjectivity; ambivalences and uncertainties

CROISEMENTS TEMPORAIRES ET CONCEPTUELS : LIRE LA RELATION ENTRE CONSTITUTION DE LA SUBJECTIVITÉ À L'ADOLESCENCE ET GROUPES DE JEUNES DE VILLE.

Résumé

Le but de cet article est, d'un côté, de démontrer que l'adolescence est une étape de constitution subjective et, de l'autre, d'expliquer à partir de la psychanalyse comment des groupes de jeunes de ville fonctionnent en tant que dispositifs dans la constitution de la subjectivité chez les adolescents qui en font partie.

Ces réflexions sont issues d'une recherche menée entre 2013 et 2016 en Colombie et en Argentine : intervention d'orientation clinique psychanalytique. L'on met en relief la place de l'adolescence dans le domaine conceptuel de la théorie psychanalytique et l'on explique comment le sujet, dans le processus de sa consti-

tution, sort des impasses survenues à la puberté en parcourant, à sa manière et avec ses propres ressources, cette période de transition.

Mots-clés : Adolescence ; groupes de jeunes de ville ; constitution de la subjectivité ; ambivalences e incertitudes.

Recibido: 29/08/2019 • Aprobado: 01/10/2019

Según Matheus (2007, p. 33) es Stanley Hall quien inaugura el tema de la adolescencia en el campo de la psicología con su publicación *Adolescence*, la cual sale un año antes que Freud publicara los *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). Con una marca evolucionista y objetivista, la obra de Hall es una referencia histórica para la psicología. Su importancia sirvió para referirle como creador o inventor de la adolescencia (Calligaris, 2000; Matheus, 2007).

Para algunos autores (Alberti, 2009; Zacché, 2012; Ramírez, 2014; Boaventura & Pereira, 2015), en el psicoanálisis el tema de la adolescencia surge de manera secundaria, no se encuentra entre sus asuntos tradicionales en la medida en que existe, como lo afirma Ramírez (2014, p. 11), “carencia de una concepción explícita de Freud y de Lacan sobre el tema”. Cabe apuntar que estudios sobre adolescencia solo vienen a presentarse en las cuatro últimas décadas a partir de retomar los “Tres ensayos de teoría sexual” de Freud y el prefacio de *El despertar de la primavera una tragedia infantil*, escrito por Lacan en 1974. Sin embargo, requieren mención especial los aportes de Erikson y Winnicott en las décadas de 1950 y 1960 con libros, conferencias y artículos como *Infancia y sociedad* (1950) e *Identidad, juventud y crisis* (1958), del primero, y *Adolescencia* (1960), *De boca de los adolescentes* (1966) y *La delincuencia juvenil como signo de esperanza* (1967), del segundo.

Ahora, de manera específica, en los *ensayos* dos (2) y tres (3), Freud (1992/1905b) refiere la pubertad como el paso del autoerotismo al heteroerotismo o restablecimiento/reencuentro con el objeto a manera de “la relación originaria”, también es el momento de confrontación con los poderes o “diques anímicos contra los excesos sexuales: la vergüenza, el asco y la moral” (p. 173); ambos aspectos (reencuentro y confrontación) agudizarían conflictos y exigirían al púber mayores esfuerzos para alcanzar su economía psíquica, adicionales a los generados por la transformación corporal y el comienzo de la maduración sexual. Es decir, en Freud encontramos que la pubertad no se reduce a lo orgánico funcional o al desarrollo pulsional sexual, sino que impacta al sujeto en general. El impacto que con-trae y lo que el sujeto realiza para mantener su economía psíquica es lo que podemos identificar como “condición adolescente”.

Por su parte, en Lacan se destaca la referencia a ese impacto psíquico con aspectos tormentosos y traumáticos para el sujeto que describió en el prefacio de *El despertar de la primavera* al referir, como lo interpreta Ramírez (2014, p. 24), “el despertar adolescente de los sueños para poder encontrarse con el otro sexo”. Encuentro que puede asumirse como sexualidad y al que el mismo Lacan (2003/1974, p. 558), haciendo referencia a Freud, le acredita que hace un “hueco en lo real” del cual “nadie escapa ileso”, y es justamente por eso que la adolescencia generaría gran movilización psíquica.

Actualmente en el psicoanálisis se presentan diversas miradas para la adolescencia. Por ejemplo, en cuanto a su extensión temporal, si es válido hablar de ello, algunos autores han supuesto que “dura aproximadamente 20 años” (Quiroga, 1997, p. 15); otros, como Calligaris (2000, p. 18), hablan de una “duración misteriosa”, sin saberse cuándo comienza ni cuándo termina, y mucho menos cómo termina. Si se acepta que son aproximadamente 20 años, esto significaría, según la esperanza de vida actual, que más o menos la tercera o cuarta parte de la vida se atraviesa en esta condición. Como sea, la adolescencia ha sido vista como “momento transicional” (Firpo, 2015, p. 27), una metamorfosis (Freud, 1992/1905b) o un pasaje de la infancia a la adultez con características particulares que, según Zacché (2012, p. 55), “son determinadas por factores socioculturales específicos de cada época”. Es decir, se relaciona con las construcciones y los discursos sociales que cada colectividad va erigiendo en sus interacciones.

Así, en la sociedad occidental capitalista, la adolescencia se ubica en las primeras décadas del siglo XX. Calligaris (2000, p. 9) lo refiere como “mito inventado” en dicho siglo que tiene como circunstancias históricas el surgimiento de varias revoluciones (la más destacada, la Bolchevique o “revolución de octubre”) y la pretensión de expansión territorial de algunas naciones europeas y asiáticas que desencadenó conflictos bélicos como las dos guerras mundiales, luego de las cuales se presentó una oferta elevada para el consumo juvenil y adolescente representado en ropas, música, juegos, artefactos y hasta actividades de tiempo libre. Pero no es precisamente por lo significativo de los conflictos bélicos y las revoluciones, ni porque hayan generado traumas en una generación infantil que “creció” o tuvo su

pasaje a la vida adulta en medio de las guerras, ni aún porque se haya desplegado atención a tal población para la cicatrización de sus “heridas psíquicas” como sensibilización de las generaciones adultas, ni porque el consumo haya sido desbordante (Bolaños, 2017). No, lo que parece es que al terminarse las guerras los actores jóvenes y adolescentes quedaron enfrentados a sus sociedades generándoles problemas ya que no estaban en combate sino en las calles y plazas de las ciudades. Winnicott (1960, p. 1045) lo presentó así:

“La bomba atómica afecta la relación entre la sociedad adulta y la marea adolescente, que parece fluir incesantemente. Ahora debemos marchar hacia adelante sobre la base de que no habrá otra guerra. (...) De manera que, ya no existe ningún motivo que justifique el hecho de que se someta a nuestros hijos a una fuerte disciplina militar o naval, por cómodo que ello pudiera resultarnos. Y es aquí donde se manifiestan las consecuencias de la bomba atómica. Ya no tiene sentido manejar a nuestros adolescentes difíciles preparándolos para luchar por su patria, lo cual nos lleva de vuelta al problema de que esa adolescencia existe, es una realidad en sí misma. Y ahora tenemos que tratar de comprenderla”.

De otro lado, se encuentra que, vinculada al desarrollo de la producción y consumo capitalista, se ha generado la emergencia, según Zacché (2012, p. 58), de una subjetividad “marcada por valores como hedonismo, consumismo e individualismo” adicionales al racionalismo y productivismo. Para esta sociedad, todo lo que represente crisis, problema, síntoma, enfermedad y falencia, todo lo que limite la razón y la producción, debe ser dominado, aislado o escondido. Esto es lo que pasa con los adolescentes, son sujetos para dominar, esconder o aislar.

Regresando a las miradas sobre la adolescencia, hay autores que la presentan como etapa, fase, periodo o estadio del desarrollo necesario para pasar a otra (s) u otro(s), así como el sujeto “ha precisado” pasar unas para llegar a ella.

Posiciones deterministas que tienen mucho alcance “mucho más allá de lo que sospechamos” (Freud 1985/1904 p. 234) debido a su masificación y popularización. Dichas tendencias someten la adolescencia a disecciones temporales con características especiales, como

si se tratara de compartimentos. Indican que hay adolescencia temprana, media y tardía o resolutiva (Quiroga, 1997, pp. 17-20); adolescencia inicial y final (De Olivera, Camilo & Assunção, 2003, p. 6); adolescencia “precoz” o “prolongada” (Quiroga, 1997, p. 37).

Otros calificativos adjudicados a la adolescencia están en el orden de verla como: crisis y moratoria (Erikson, 1976/1958); crisis psíquica (Melman, 1999; Melman, 1997); *locura* (Sueiro, 1992); tempestad (Alberti, 2009); transformación y conflicto (De Olivera, Camilo & Assunção, 2003); transición (Lacadée, 2011); fenómeno (Quiroga, 1997; Zacché, 2012); “respuesta del sujeto al encuentro con la pubertad” (Guerra, De Freitas, Da Costa, Brandão e Souza, Penna y Da Silva, 2015, p. 88); mito; edad, etc. Algunos postulados la hacen ver como algo banal disminuyéndole importancia en la constitución del sujeto, con esto vindican la idea desarrollista de la subjetividad. Según lo anterior, es un concepto pluri-semántico. Ahora, la adolescencia, con todo y su pluralidad de significados, puede asumirse, siguiendo a Ramírez (2014, p. 11), como categoría que “designa un conjunto de conductas sintomáticas, que en ese momento de la vida son elaboradas por los sujetos como respuesta a la metamorfosis de su pubertad”. La tomamos como condición psíquica que acompaña los cambios estructurales y funcionales de la pubertad, aunque no limitada a ellos ya que el sujeto que la opera (el adolescente) se halla inmerso en contextos que le afectan.

Constitución de subjetividad en la adolescencia

La adolescencia como condición psíquica presenta amplias posibilidades para la constitución de la subjetividad, ya que, en ella, como lo plantea Melman (1999, p. 24), “una experiencia es susceptible de venir a modificar el fantasma que había sido instalado en la infancia”. Partimos de un principio, y es que las bases de la subjetividad se hallan antes del nacimiento del bebé y que a partir de las primeras experiencias él inicia el camino de su constitución sin terminar en la infancia ni en la niñez. En el devenir vital, cada vez más complejo, el sujeto va dejando “de sí” o tomando aspectos “para sí” en las relacio-

nes con la sociedad y con la cultura. La constitución de la subjetividad es un viaje en el cual el sujeto se va equipando (adquiriendo densidad) o deshaciendo (alivianando) con sus experiencias.

Ramírez (2014, p. 64) interpreta que Freud, cuando en su intervención del 13 de febrero de 1907 en la Sociedad Psicoanalítica de Viena sobre la pieza de Wedekind expresó que “Los niños castigados con severidad no se convierten en masoquistas”, posibilitó pensar la subjetividad como proceso que no se agota en la niñez, habiendo un margen de contingencia y elección en el que cada quien es responsable. Pensamos que en la adolescencia, más que contingencia, existe la certeza de seguirse constituyendo, de ahí las tendencias contradictorias; por ejemplo, hay situación de cambio y cambiado (metamorfosis), de pérdida y en pérdidas (desasimiento) o, en búsquedas (cambio de referentes) continuas, como en la película, *En busca del destino*². Así, toda y cualquier experiencia le afecta.

Lo que se tiene en el adolescente es a un sujeto en precariedad simbólica y devenir des-ordenado que se irá constituyendo, erigiéndose con su singularidad de cara a situaciones que le relacionan con lo social y con la especie humana en general. Para constituirse como sujeto encuentra elementos en la sexualidad, el género y el vínculo o lazo social; diríamos, siguiendo a Freud (1992/1905b, pp. 132-207), “la maduración sexual”, “la separación de caracteres masculinos y femeninos” y “el desasimiento respecto a la autoridad de los progenitores”; universalidades que se encuentran dinamizadas por el lenguaje, los discursos, las jerarquías y la organización de la sexualidad que vendrán a ser las particularidades de cada contexto. En nota de 1915 agregada al “Ensayo 1 sobre teoría sexual”, Freud (1992/1905b, p. 132) refiere la existencia de factores de naturaleza “en parte constitucional, en parte accidental” para que se presente la conducta sexual definitiva. Lo accidental tal vez haga referencia a la manera como

2 Película de 1997 también conocida con los nombres “Mente indomable” y “El indomable”, protagonizada por Matt Damon y Robin Williams, y que tiene como argumento la historia de un joven de 20 años con una capacidad intelectual extraordinaria pero poco explotada debido a prácticas de consumo de alucinógenos y bebidas en busca de experiencias para las cuales no ubica un deseo ni un provecho.

cada púber sortearía el asalto de los cambios de la pubertad en la medida en que, como lo expresa Ramírez (2014, p. 58), “Lo púber ubica una irrupción de goce hacia lo real, la libido, así sea un real marcado por el lenguaje que conduce a la sexuación de los seres hablantes”. También planteó Freud (1992/1905b, p. 200) que es en la pubertad que se establece “la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos”.

Entendemos como “trama vital” la forma de hacer las cosas, lo que se hace con el lenguaje; es decir, la subjetividad. Y sobre las condiciones en que se presenta el vínculo social, Freud destaca que es en la pubertad cuando se da un “desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura entre la nueva generación y la antigua” (1992/1905b, p. 207). Entonces, transformaciones en la sexualidad, diferenciación de género, abandono de la autoridad parental y, con ello, desprendimiento obligatorio del lugar ocupado en la familia serían las razones para hablar de un neo-sujeto, el sujeto post-púber o el sujeto adolescente que vendrá a resolver su propia novela (singularidad) en el particular contexto de su familia y la sociedad.

Durante el proceso, el sujeto afronta varias situaciones de detrimentos. Por ejemplo, de privilegios y de atención; en términos de Zacché (2012, p. 61), “pérdida de lugar que el adolescente, cuando niño, ocupaba junto a los padres y también junto a la sociedad”, lugar que le garantizaba cuidados y protección y le erigía con poder; en términos de Melman (1999, p. 23), pérdida del “estatuto fálico”; también se da pérdida de su cuerpo y seguridad, lo cual se suma a las pérdidas de certidumbres, goce y tranquilidad debido al “delirio de observación” (Freud 1974/1914, p. 25). Pero, no todo es pérdida, llega algo, un elemento novedoso: la represión. Ramírez (2014, p. 17), refiriéndose a la diferenciación que hace manifiesta Wedekind entre los sueños infantiles y los de los púberes, expresa: “ya en la pubertad hay la represión que no había en la infancia”. Así, de frente a sus detrimentos, con nuevas y diferentes esferas de pensamiento e intentando dominar otras relaciones, el adolescente sufre la mayor de las pérdidas, sus referentes de la infancia, sus héroes (padres o adultos

que le han criado) salen de tal estatuto y dejan un vacío inaguantable, angustiante. Así, en soledad y con pocas herramientas, debe iniciar el enfrentamiento de todo su destino, sin experiencia alguna, pues nada había pasado aún por su cuerpo como pasa ahora y menos en medio de la angustia y la culpa por todo lo perdido.

También a su alrededor otros sujetos se ven en pérdida, en especial los padres o quienes asumieron la crianza. Ellos, al no ser ya los referentes afectivos del adolescente y no conseguir siquiera nombrarlo (cayendo parte de la orden simbólica que alrededor del nombre habían construido), ven que se esfuma su autoridad y que otros actores (hermanos o primos, grupos, artistas, deportistas, la moda, el consumo, etc.) les desplazan. Quiroga lo presenta así:

Los padres también enfrentan un duelo de difícil elaboración, por varias causas: la renuncia de las propias ilusiones, el inevitable pasaje del tiempo, la angustia por lo vivido, lo no vivido e imposible de realizar, lo muerto e imposible de recuperar (...) la adolescencia de los hijos pone al descubierto las viejas fisuras del grupo familiar y trae consecuencias diversas. (1997, p. 34).

Podemos decir que es entre pérdidas (propias y de otros) y faltas donde más se observa lo que constituye al sujeto adolescente; es decir, que desde ahí se comienza a constituir, de cara a lo social, con sus retos y sin la salvaguarda de sus progenitores. Es rehaciendo, re-significando y re-significándose o reorganizando sus “identificaciones simbólicas” (Zacché, 2012, p. 60) que el sujeto hace su nuevo devenir.

De un supuesto des-enlace para constituirse sujeto

Las transformaciones de la pubertad pueden asumirse, en lo psíquico, como una especie de adquisición del equipamiento indispensable para llevar a cabo no sólo lo deseado desde la infancia, hallar y apropiarse del objeto, sino consumarlo y, como el mismo Freud lo planteó, “dicho hallazgo (encuentro) es propiamente un reencuentro” (1992/1905b, p. 203). En nota agregada en 1915, aclara que en el “hallazgo de objeto”, además del camino de “apuntalamiento en los

modelos de la temprana infancia”, básicamente en los genitores, existe otro, el narcisista. Entonces, si lo libidinal “impulsa a actuar para conseguir la meta” y su accionar no cesa, puede afirmarse que en la adolescencia, “dos tiempos se reeditan: el del Complejo de Edipo y el del narcisismo” (Quiroga, 1997, p. 8).

Es decir, se vuelve al deseo incestuoso y a la búsqueda del Yo propio y su encuentro en otros. Pero, más allá, debe decirse que el Yo, al ser tomado como objeto de amor por el sujeto, “va a ser uno de los objetos cruciales de la adolescencia” (Lesourd, 2004, p. 96), y será ese objeto crucial el que establezca, en medio de toda la agitación que vive, la importancia de las relaciones con los otros, en especial con los pares, ya que esos otros le devolverán una imagen valorizada que le permitirá ir reconstruyendo dicho narcisismo en una dialéctica constitutiva.

Ahora, en la medida que la pubertad trae consigo una maduración sexual que impacta al sujeto (dándose respuestas como sentimientos de miedo, rabia, desconsuelo, desconfianza, vergüenza, entre otros), podemos pensar que entra también a impactar o a chocar, de alguna forma, con elementos que han fundado la constitución de la subjetividad, es decir, con la organización sexual, el lenguaje y los discursos estatuidos. Entonces, la transformación o “metamorfosis de la pubertad”, como la llamó Freud (1975/1905a, p. 189), no sólo es en el nivel del sujeto púber, sino que afecta su contexto. Así lo entendió Aichhorn e inauguró lo que puede denominarse como “clínica educativa de con-texto adolescente”, que le valió el reconocimiento del mismo Freud al escribir el prólogo de su libro *Juventud desamparada* en 1925.

La adolescencia marca al sujeto a tal punto que la forma de pensar y actuar sobre “sus” cosas no es igual y ya no lo será. Ahora, con el extenso “des-enlace” adolescente, cada vez es más inexacto afirmar que la subjetividad estará terminada y determinada con la infancia. Extenso des-enlace que para algunos tiene su origen en la desaparición de los ritos de pasaje, lo que dejó el paso a la vida adulta como “un verdadero enigma” (Calligaris, 2000, p. 18) y generó pérdida de eficacia simbólica de la función del padre que, como afirma Zacché

(2012, p. 63), es “aquella que habilita a un sujeto a transitar por la colectividad sin la tutela de su medio familiar”. Sin dicha “habilitación comunal”, el adolescente debe hacerlo por su cuenta, lo que se convierte en otra exigencia para su complejo estado de moratoria social.

Des-enlace que podemos asimilar a búsquedas y expediciones que no llevan a lugares definidos. La búsqueda sin fines, y de ello una profundización de la insaciabilidad o, como lo advirtió Lacan en 1932 (p. 34), “de las ensoñaciones y las desesperanzas desmesuradas(...) necesidad de absorción total del mundo bajo los modos del gozar”; en términos de Pereira (2014, p. 2), bajo el “imperativo hedonista de satisfacción pulsional”; esos parecen ser los marcadores pertinentes del des-enlace adolescente. Imperativo hedonista que conduce hacia conductas de riesgo, experimentación, consumo y hasta adicción, que se complementan con desafíos a la ley, actos de violencia, hurto y delincuencia.

La forma en que lo hacen es variada, pero con una constante, casi siempre de manera desesperada o “como una manera de retirarse del mundo, como un ataque directo del sujeto contra sí mismo” (Lesourd, 2004, p. 154). Podemos afirmar que ese imperativo hedonista marca el retorno a la situación de necesidad-deseo que en las primeras succionadas permitió la identificación con la madre y el establecimiento de un estado de placer prometedor de repetirse más, pero nunca sentido de nuevo, instaurándose la falta o el vacío del placer; por ello la apertura a la búsqueda constante (disipada en la niñez por el dominio de los padres, pero “desatada” con el desasimiento de dicho dominio y con la caída de ellos como referentes simbólicos). Todo un inter-juego subjetivo con el que se presentan condiciones para seguir constituyéndose como sujeto. También un inter-juego que permite la vuelta a sentimientos ambivalentes respecto al padre, ambivalencia que les ubica identificando, creando normas y rechazándolas. El piso de esto se halla en el retorno al sadismo oral profundizado por la tiranía de los deseos advenida con la maduración sexual de la pubertad. Así, con la mixtura de amor y odio puede darse el querer introducir y a la vez expulsar (personas, objetos, sustancias, experiencias); el querer devorar-se unido a la fantasía de ser devorado “vivo” (Tal vez por eso los adolescentes gustan de filmes de terror: zombis, demonios,

vampiros y demás, en los que el muerto vive y deambula sin miedo, sin dolor; mutilado poderoso que contagia y se impone).

Ahora, referente a lo que significa la norma en la adolescencia, se tiene la existencia de una pugna constante contra ella. Casi todo lo establecido es sometido a cuestionamiento, evaluación y violación; como lo afirma Matheus (2007, p. 15), "El discurso del adolescente se anuncia como aquel que pone a prueba lo instituido". Es posible también pensar que esto se debe a la falta de "dispositivos simbólicos sociales que regulen el paso de la infancia a la vida adulta" (Gutierra, 2011, p. 29). Ante tal falta, parece que el camino seguido por los adolescentes, como lo deja entender Minnicelli (2010), es la creación de dispositivos, y éstos, por su propia condición generacional, son contrarios a los de los mayores, en especial los progenitores. Al respecto es importante recordar a Freud cuando planteó en "Tres ensayos de teoría sexual" (1992/1905b, p. 207) que:

uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del período de la pubertad: el desasimio respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua".

De igual forma, Freud (1992/1905b, p. 205), haciendo un análisis socio-antropológico sobre la oposición generacional, planteó que la sociedad también impone barreras al sujeto adolescente y a su familia (la más representativa, la prohibición del incesto), las cuales además de funcionar como inhibidores sexuales, evitan que el núcleo familiar se fortalezca y con ello puedan llegar a "establecer unidades sociales superiores y por eso en todos los individuos, pero especialmente en los muchachos adolescentes, echa mano a todos los recursos para aflojar los lazos que mantienen con su familia, los únicos decisivos en la infancia".

A propósito de la prohibición del incesto, en la adolescencia se percibe lo que algunos identifican como reflorecimiento o, como se mencionó anteriormente, reedición del complejo de Edipo; aunque en fidelidad a los postulados de Freud, en especial a la "Conferencia

21. Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales” (1917), podríamos hablar mejor de una retoma del sujeto por el complejo de Edipo, ya que este no desaparece y “su núcleo infantil, y aún sus elementos accesorios en mayor o menor medida, quedan en pie”, sustentando lo anterior desde la clínica así:

el hecho clínico que nos sale al paso tras la forma del complejo de Edipo establecida por el análisis es de gran importancia práctica. Nos enteramos de que en la época de la pubertad, cuando la pulsión sexual plantea sus exigencias por primera vez en toda su fuerza, los viejos objetos familiares e incestuosos son *retomados e investidos de nuevo* libidinosamente. (p. 306, énfasis nuestro).

Pero esta retoma del complejo de Edipo se ve confrontada (generando gran conflicto psíquico en el sujeto) por los “diques anímicos”, en especial por el asco y la vergüenza, a los que se les suma el miedo de llevar a cabo ese *deseo incestuoso* (Bolaños, 2017) ya que, parafraseando a Alberti (2009), el sujeto ahora ya está equipado y tiene la posibilidad de hacer viable el desenlace del deseo edípico o conflicto original y eso lo petrifica. Un elemento para resaltar es que el complejo de Edipo está vinculado con la amenaza de castración, la cual también se reedita en forma de “miedo de desear y de gozar de ese desear” (Nasio, 1991, p. 79) en la medida en que por desear y llegar a gozar ser castrado es más “probable”.

A pesar de todo lo anterior, con Alberti (2009, p. 11) podemos afirmar que los adolescentes “viven el momento más rico del ejercicio de la subjetividad: el sujeto adolescente sabe por experiencia que no piensa o no es jamás totalmente determinado por el pensamiento y nunca siéndolo por entero”. Es decir, que no es el acto reflexivo sobre sí como adolescente, sobre lo que les rodea y menos sobre lo que vendrá en el futuro, lo que les orienta el devenir subjetivo, sino que prepondera lo pulsional. De ahí que, como la misma Alberti (2009, p. 11) lo resalta, su accionar es “fundamentalmente un acto de coraje” con el que intentan contrarrestar el peso de la incertidumbre y de las pérdidas.

Entonces, también el adolescente es un sujeto en confirmación o redefinición (de estructuras psíquicas) atravesado por la “demanda-

deseo”, y que es evocada aquí como una suerte de relación indispensable en la constitución del sujeto, ya que esta diada viene a ser el conjunto de acciones que pulsionalmente y en relación al Otro (poseedor del deseo) realiza el sujeto al ir constituyéndose. Porque es a partir de sus acciones de singularización de la experiencia o, parafraseando a Maheirie (2002), de humanización de la objetividad del mundo (preestablecido), que el sujeto se va constituyendo. A este proceso de constitución es posible denominarlo dialéctica dinámica del sujeto adolescente. Maheirie, apoyándose en Sartre, plantea la idea del proyecto de sujeto desde la cual “la realidad humana sea siempre deseo de ser (...) un ser que está siempre en un movimiento de transcendencia constante, que se hace dialéctico, desde su origen (...)” (2002, pp. 5-14). Así, en la condición de constante constitución, no hay un sujeto final, acabado, ni formado. Lo que hay es una continua constitución subjetiva, o retomando a Bonder (1998, p. 16), “una paradójica condición de ‘ser’ una trama de posiciones y referencias en transición permanente”.

Proceso de constitución subjetiva que puede describirse así: en el adolescente su esfuerzo vital-pulsional está orientado a sus metas de deseos, goce y placer, pero también a las de ubicarse, reconocerse y adaptarse al mundo. Ese mundo que vive desde su propio cuerpo, ahora desconocido. El mundo y su cuerpo, así como los otros, son su objeto de deseo no aprehendido. Aprehenderlos puede ser la fuente misma de su pulsión. Acciones, deambular y tránsito adolescente se orientan a aprehender el mundo y a sentirse aprehendido por él, a absorberlo y verse absorbido. Su actuar es desesperado, confuso y ambiguo; así, la(s) satisfacción(es) llega(n) desde lo que él mismo se imagina que es, regularmente un héroe, y más aún si está en grupo.

“La patota y el combo”. Agrupaciones Juveniles de Ciudad (AJC) como operadores lógicos de constitución de subjetividad en adolescentes

Para este apartado, dos adjetivos de uso popular que han designado a los jóvenes que se agrupan y que, en su significado, se refieren al mis-

mo fenómeno, nos sirven de apoyo. En Argentina, “patota”, si bien puede ser un grupo de jóvenes que hacen des-orden y son violentos, también puede referir a un grupo de personal policial; similar acontece con la palabra “combo”, aunque con mayor polisemia ya que refiere desde un grupo de jóvenes y una pequeña orquesta hasta una descripción para un conjunto de comidas que se cobran como una sola.

Dichos adjetivos nos sirven de base ya que si la constitución de la subjetividad y el sujeto se instituyen de manera dinámica y dialéctica en la interacción de y con elementos de la cultura (lenguaje, discursos, sexualidad) que derivan en la emergencia y referencia del Otro, y si, también, dicha constitución se da teniendo en frente la organización sexual de la sociedad, las diferencias de género y las *formas de vínculo social* que alcanzan su definición con la pubertad y, más aún, si la adolescencia es la condición psíquica que acompaña los cambios estructurales y funcionales de la pubertad; entonces estamos refiriendo que en la adolescencia y en todo lo que en ella se vivencie, especialmente de manera colectiva, hay constitución de sujeto.

Recordemos que es en la dualidad (pérdida-advenimiento) que el adolescente orienta sus acciones, bien sea aislándose, atentando contra sí mismo (adiciones, autoagresiones, suicidio), desarrollando aficiones individuales o agrupándose. De la opción de agruparse, luego de la década de 1960 y como hoy son significadas socialmente, podemos afirmar que las AJC funcionan como dispositivos u operadores lógicos al significar espacios de identificación, confrontación, fuga, protección y posibilitar a los adolescentes operar su deseo, colocarlo en discurso (hablas, vestimenta, prácticas, etc.) identificarlo y posicionarse como sujetos frente a él.

Tomamos el concepto de dispositivo de Agamben (2005, pp. 1, 4), quien retoma a Foucault para definirlo como:

cualequier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y *asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes* (...) Mediante los dispositivos, el hombre trata de hacer girar en el vacío los comportamientos animales que se han separado de él y de

gozar así de lo Abierto como tal, del ente en cuanto ente. A la raíz de cada dispositivo está, entonces, un *deseo de felicidad*. Y la captura y la *subjetivación de este deseo* en una esfera separada constituyen la potencia específica del dispositivo.

Así, las AJC cumplen un papel importante en la constitución de la subjetividad de los adolescentes que las integran. Pero, también, en general, los grupos demandan de los integrantes cambios y rendimiento que se hacen en orientación a la identificación establecida con ellos. Freud (1921, p. 3) en “Psicología de las masas y análisis del Yo” lo presentó así:

“el individuo que entra a formar parte de una multitud se sitúa en condiciones que le permiten suprimir las represiones de sus tendencias inconscientes. Los caracteres aparentemente nuevos que entonces manifiesta son precisamente exteriorizaciones de lo inconsciente individual”.

Bajo esa supresión de lo reprimido, el sujeto adolescente actuará para conseguir logros tanto del grupo como de sí mismo, con ello afianza su vínculo social y el desasimio de la autoridad de los padres. La consecución de logros puede seguir la lógica del narcisismo reeditado. Pues bien, en las AJC encontramos que se facilita la instauración de un ideal del Yo que, en este caso, es proyectado en la imagen de líderes u otros adolescentes con quienes comparten la cotidianidad y que le devuelven una imagen de mayor aceptación que la que le devuelven en sus ambientes familiares. Al respecto, De Olivera, Camilo & Assunção (2003, p. 5) plantean que: “En respuesta a la crisis de referencias simbólicas e institucionales claras, y delante de la dura realidad social, los adolescentes y jóvenes urbanos contemporáneos parecen buscar el sentido de sí mismos en una imagen idealizada e ilusoria del otro”.

Entonces, como lo plantea Coutinho (s.f), “el modelo del narcisismo, en cuanto momento de constitución del Yo y del imaginario nos parece ganar un valor renovado para la clínica del sujeto contemporáneo” (p. 9, traducción propia), especialmente para adolescentes que, en angustiada búsqueda, se arrojan a integrar agrupaciones. A nivel social, las AJC, al igual que los adolescentes y jóvenes, son vistos de

manera ambigua; por un lado han llevado a cuestras un preconcepto y es que, implícitamente, por ser de nueva generación deben operar como transformadores sociales y políticos. Este es uno de los convencionalismos y reduccionismos recurrentes al hablar de jóvenes y agrupaciones. A la par se da una actitud constante de desconfianza, nombrando a estas organizaciones con vocabulario des-obligante y eufemístico, con adjetivos como sectas, clanes, bandas, ganges, pandillas etc., que mueven un imaginario: son “desordenadoras” y sus miembros “delincuentes”, en sí, “una especie de patología social” (Calligaris, 2000, p. 34), sometidas a acciones de prevención.

No se piensa que, en gran medida, las formas de organización de adolescentes y jóvenes son expresiones singulares de un profundo malestar hacia lo social, uno de los muchos síntomas de las sociedades contemporáneas. Y tal vez por tratarse de síntomas es que sean vistas generalmente como “buenas y hasta necesarias; pero...”, por sus referentes de oposición y rebeldía, son *peligrosas*. Los modelos explicativos que hasta el momento se han elaborado no han conseguido que dichas “actitudes” se modifiquen ya que siguen teniendo un peso histórico, tradicional, masificador y generador de pre-conceptos.

Un modelo explicativo de las formas de organización de adolescentes y jóvenes contemporáneos es el que propone Michel Maffesoli (1993) sobre tribalismo o tribus urbanas. Propuesta que consiste, en líneas generales, en la lectura de las agrupaciones como conformaciones espontáneas de actores que comparten el placer de estar juntos, que se unen por lazos emocionales y que tejen redes de solidaridad y unicidad en su interior y con otras similares, con lo cual confrontan las prácticas racionales tradicionales de lo social.

La conformación espontánea no quiere decir que sea banal y sin sentido, sino que tales acciones vienen a ser exteriorización de la representación que tienen adolescentes y jóvenes de la sociedad racional productivista. Las agrupaciones vendrían a ser parte del repudio a una sociedad que sólo da valor a actos de producción y consumo. Productivismo y consumo que exigen intencionalidad y cálculo de las relaciones mientras que ellos se encuentran en la lógica del sentido. De ahí que, según Bolaños (2011, p. 47) y Coutinho (s.f, p. 9), Maffeso-

li refiere la necesidad de interpretar la socialidad contemporánea en lógica de la identificación reemplazando a la de identidad, lo cual le acerca al campo del psicoanálisis, como lo deduce Coutinho:

Al proponer el abandono de la categoría de 'identidad' en pro de la categoría de 'identificación', Maffesoli, aunque lo haga dentro de la referencia que le es peculiar, nuevamente acaba aproximándose bastante al campo psicoanalítico. Para el psicoanálisis, el sujeto del inconsciente es, por definición, descentrado en relación a la consciencia del sí, en cuanto que la categoría de identidad remite a una cierta unidad y estabilidad del ser. (s.f, p. 9).

Sobre la identificación en psicoanálisis, Gallo y Ramírez (2012, p. 17) nos recuerdan que es "uno de los conceptos freudianos que mejores rendimientos ofrece para tender un puente entre lo subjetivo y lo social, pues como tal 'establece precisamente un lazo social, es en sí mismo lazo social'". Ahora, volviendo a Maffesoli, su orientación hacia la identificación parte de la lectura de las acciones al interior de las grupalidades, en especial de sus pautas de goce, disfrute y pasión con las que se liberan del individualismo (Bolaños, 2011, pp. 47-50).

Maffesoli (1996) ubica las manifestaciones sociales basadas en el jolgorio y el goce como acciones sociales descentradas de las tramas advenidas con la modernidad y propone ver en estas manifestaciones la existencia de una ética de la estética en donde lo que cuenta es la experiencia afectiva más que la racionalidad productivista; de ahí que algunas agrupaciones puedan ubicarse como comunidades de afecto y de sentido (Bolaños, 2011). En *De la orgía* (1996), Maffesoli sustenta, apoyado en la teoría de la identificación, que las actuales formas de socialidad basadas en lo orgiástico, dionisiaco y festivo son una forma contundente de desasirse del Yo o del individualismo, tendencia manifiesta en las aglomeraciones deportivas, turísticas y por supuesto festivas. Con todo y que concordamos con Maffesoli, se optó aquí por la denominación Agrupaciones Juveniles de Ciudad.

Ahora preguntamos, ¿en qué consiste la modificación psíquica que las AJC les "imponen" a los integrantes?, o, ¿qué elementos de la subjetividad están presentes en el devenir de las agrupaciones

para mantenerse cohesionadas? Parece ser que, como el mismo Freud (1921, pp. 2-14) lo estableció, la condición para que en el individuo se dé la “modificación, a veces muy profunda, de su ‘actividad anímica’ se halla en los lazos libidinosos englobados como ‘relaciones amorosas’, ‘lazos afectivos’ e ‘impulsos eróticos’ que en la adolescencia, hemos visto, presentan un florecimiento y una potencia”. Relaciones amorosas que, en lo vertiginoso de la vida actual, llegan a sentirse con intensidad y rapidez sin la necesidad de muchas antesalas ni promesas de amor infinito o “para siempre”.

También preguntamos, ¿qué de la dinámica y estructura llega a ser dispositivo de constitución subjetiva? Autores como Maffesoli, (1990; 2004), Margulis y Urresti (1997), Caffarelli (2008), Bolaños (2011), observan que los integrantes de las agrupaciones encuentran en ellas un soporte afectivo presentado en formas de apoyo mutuo, solidaridad, diálogo y escucha que les provee aislamiento y resguardo del mundo adulto, seguridad y tal vez estados de certidumbre. Las AJC funcionarían como diques a la incertidumbre, al temor de la intervención adulta sobre sus acciones y a la desolación; es decir, con ellas puede darse la suplencia de referencias simbólicas.

Es de anotar que no en todas las agrupaciones esta condición de soporte afectivo es explícita o perceptible. Por ejemplo, los *punk* y los *hardcore* parecieran, en su trasegar las ciudades, no tener espacios para “las confidencias o para la confrontación de las historias de vida” (Coutinho, s.f, p. 5.), conocerse en ellas no implica profundizar en la vida de cada uno más allá de conversar y compartir los temas de interés; esto tal vez tenga relación directa con la lucha constante contra el miedo de las repercusiones sociales, miedo que les puede llevar “a actitudes de descuido personal” o a expresarse en repudio a prácticas que asocian con consumismo y deshumanización, a diferencia de lo que se da en los *hippies*, en quienes es manifiesta cierta afectividad y diálogo en las micro comunidades; de modo similar sucede con las barras de los equipos de fútbol, en ellas el amor y afecto son atravesados por la divisa o camiseta que defienden (Bolaños, 2011).

Para Margulis y Urresti (1997, p. 7), las tribus vienen a ser ese espacio en “donde prevalece la proximidad y el contacto, la necesidad

de juntarse sin tarea ni objetivo, (...) en ellos predomina el 'estar juntos sin más'. Lógicamente no en todas se da una condición de contacto y proximidad, los *punk* en sus recorridos, según Caiafa (1985, p. 15) "se propagan, el bando se expande por las calles" y solo en los momentos denominados *pogos* se les ve en contacto.

Sobre la categoría de refugio destacamos que tal función puede representarse en tres direcciones. 1) De las dinámicas tensas en su hogar, que han advenido con su crecimiento; 2) De la calle, aunque estando en ella, es un espacio que no se conoce, del que no saben sus dinámicas y micro-poderes y que puede resultar de mayor peligro para su integridad; 3) De sí mismos en la medida en que las agrupaciones y el nomadismo contemporáneos, como propuso Maffesoli (1993, p. 175), "reintegra el pequeño Yo individual al Yo Global", de ahí que se hable de nosotros, de lo nuestro y hasta que se perciban como familias.

Las Agrupaciones Juveniles de Ciudad facilitan el establecimiento de relaciones muy cercanas, muy próximas y proxémicas, al punto de sus integrantes percibirse como familia. En los discursos explicitan aspectos como "la hermandad, la autoridad, la referencia, el sentido de pertenencia, la identidad y la fidelidad" (Bolaños, 2011, pp. 84-102) e incluso usan sustantivos de familiaridad; por ejemplo, el más cercano es *hermano*, el de mayor experiencia es el *abuelo*; uno que sepa mucho puede ser el *tío* y con el que se hayan tenido experiencias de proeza se convierte en su *primo*; finalmente quien le haya permitido la inauguración en la agrupación es el *padrino* o la *madrina*. Tanto el *hermano* como el *abuelo* serán referentes simbólicos de autoridad e identificación en la agrupación. Esto no varía mucho de agrupación en agrupación, y una constante es que no se presentan sustantivos que refieran a los progenitores.

Un elemento de las agrupaciones que parece ser propio de la adolescencia alude a las conductas de riesgo. Estas pueden leerse como una especie de actuación premeditada y comprobatoria de condiciones e invulnerabilidad. Según Melman (1997, pp. 24-25) "el adolescente va sistemáticamente a hacer todos los desafíos para poner en pauta todos los límites". Pareciera que en búsqueda de condonar la responsabilidad de sus pérdidas y enfrentar algunos miedos se lanza

hacia el riesgo. Ramírez *et. al* (2013, p. 7) exponen que en el riesgo: “el sujeto se ve empujado a exponerse al daño para lograr con ello una sensación que implica una satisfacción paradójica porque conlleva un opaco empuje pulsional”, empuje que puede ser, según Lacadée (2007a, p. 1), “solicitudes simbólicas de muerte”, ya que les es necesario “interrogar simbólicamente la muerte para saber si vivir vale la pena”; por ello el mismo autor afirma que la conducta de riesgo adolescente es un trazo común consistente en: “la exposición a la probabilidad no pasiva de lastimarse o morir, de lesionarse personalmente o de poner la salud en peligro; toxicomanía, alcoholismo, velocidad en el tráfico, tentativa de suicidio, trastorno de alimentación”.

En las AJC, el riesgo va con sus dinámicas. Por ejemplo, en los *skate*, cada truco o maniobra en la tabla implica un riesgo de caída, golpes, contusiones y hasta fracturas, y sin embargo en cada momento están prestos a lanzarse con su aparato en movimiento. En los grafiteros (cultura *hip hop*) se encuentra la opción del grafiti ilegal: en horas de la noche toman una pared de una entidad privada o pública y dejan sus pintas o marcas de *crew* (sub-agrupaciones de grafiteros que tienen sus rasgos identitarios como nombre, firma, figuras, íconos con los que dejan sus marcas en las ciudades). En las barras el riesgo se presenta en forma de pruebas de hombría que son continuas y se dan en cualquier lugar; el desafío y la búsqueda de adrenalina es pauta para mostrar “aguante” (Bolaños, 2011, p. 90).

Asociadas a las conductas de riesgo están las infracciones, acciones que los adolescentes realizan con desconocimiento de sus consecuencias, aunque no del acto. Winnicott (1967, p. 570) llamó la atención al respecto al decir que se debe “observar la transición desde la travesura normal hasta el acto antisocial”. Lo cierto es que en la realización de algunas infracciones, los adolescentes ponen en juego su imaginario de seres “inexpugnables”. Actos agresivos, violentos y vandálicos como los enfrentamientos entre barras y los *punk* y *hardcore* con la policía son realizados, tal vez, como llegada al límite de la angustia y descontento que se exterioriza y acrecienta en la masa.

Sobre la diferenciación de género parece no haber tanto para profundizar ya que, como lo plantean (De Olivera, Camilo & Assunção,

2003, p. 6), “no se encuentra una separación tan clara entre prácticas sociales femeninas y masculinas y que gran parte de los contextos sociales es compartida independientemente del género”; algo que Freud sentenció en “Psicología de las masas y análisis del Yo” (1921, p. 38) cuando advirtió: “la masa no se halla diferenciada por los sexos”. Sin embargo, Bolaños (2011, p. 128) encontró que el trato hacia las mujeres en una barra de la ciudad de Cali era “agresivo y aumentaba cuando ellas disputaban lugares de liderazgo con los hombres”. Otro elemento referido es el uso de calificativos femeninos despectivos para rivales u opositores hombres; los más representativos “putas”, “nenas”, “mujercitas”, “vaginales”, “locas”, etc., esto también se hace por Internet donde, incluso, representan estupro a mujeres del bando contrario. Entonces, parece que en los barristas el querer (necesitar) figurar, ser líder o vencer al rival se complementa con una tendencia a someter a la mujer, tal vez desasirse de una representación de poder in-deseable que se le impone inconscientemente.

Es posible que dichos elementos faciliten al adolescente agrupado diferenciarse del resto del mundo, especialmente del mundo adulto al que le asignan un papel normativo y represivo y del cual huyen al uniformarse con jerga, indumentaria, ademanes y estilos componiendo “una imagen, un look que todos reconozcan como trazo común” (Calligaris, 2000, p. 37). Así emerge otra ambivalencia, ya que la uniformidad hacia adentro es la posibilidad de ser diferente hacia afuera; gorras, cortes de pelo, atuendos, zapatillas y jergas que se convierten en “marcadores imaginarios” (De Olivera, Camilo & Assunção, 2003, p. 4); una imagen visual que contrarresta la desconocida imagen de sí y que funciona en suplencia de los referentes simbólicos perdidos. El adolescente se quiere diferenciar, pero para eso se uniforma con algunos, con los que hace un pacto casi de sangre o de filiación profunda, en la necesidad de volverse a sentir miembro de una familia o un clan, excluyen-dose de la consanguínea que no le conforta. Cuando estos elementos van alcanzando el nivel de masificación, de estilo masivo, de una moda, los adolescentes los exhiben revistiéndose de héroes, inventores y creadores consiguiendo ubicarse en el centro de atención, en el lugar de autoridad, recobrando el estatuto fálico perdido; esta vez no tanto para ser protegido sino para ser reconocido. Si tal condición de héroe es dada por líderes reconocidos, su Yo sentirá mayor confort y fuerza.

En conclusión, las AJC presentan dinámicas que favorecen la presentación de experiencias constitutivas de subjetividad para los adolescentes que las integran; entre ellas se encuentran aquellas que les posibilitan diferenciarse, verse contenidos en una -otra- familia, establecer lazos con similares e identificarse, confrontar discursos adultos y sus imaginarios, representarse un lenguaje haciendo “un uso sexuado de la injuria para amarrar y velar el hueco en la lengua” (Lacadée, 2011, p. 141, traducción propia) y con ello incursionar en lo pasional. Es decir, deconstruir referentes (Derrida, 1997), *modificar el fantasma* (Melman, 1999) y erigirse como insumisos, lo que impulsa la sujeción del deseo con búsqueda de satisfacción (es) que hundan más el simbolismo del “padre”, ya que, en palabras de Pereira (2014, p. 2), “asistimos actualmente a un descenso del ideal, a un ‘descenso de la dimensión trágica del padre’ -Laurent, 2007-, acompañado por el imperativo hedonista de satisfacción pulsional”.

Con todo y ello, siendo consistentes con la noción de singularidad, no podemos afirmar que exista una generalidad para referir cómo las AJC aportan a los integrantes adolescentes en la constitución de su subjetividad. Esto varía y depende de la situación en que hayan llegado, la dinámica de la agrupación, la forma como el adolescente esté respondiendo a sus preguntas y esté afrontando el desasimio de autoridad de los genitores, de cómo esté llevando la diferenciación de género y sus modificaciones sexuales. En síntesis, siguiendo a Lacadée (2007a, p. 1) de cómo se las esté arreglando el “artesano del sentido de la propia existencia” para sortear y sobrellevar su condición de adolescente. En últimas, de cómo esté consiguiendo afrontar este pasaje, esta que, parece, es “la más delicada de las transiciones” (Lacadée, 2011, p. 25, traducción propia).

Referencias bibliográficas

- Agambem, G. (2005). *¿Qué es un dispositivo?* Disponible en: <http://ayp.unia.es/r08/IMG/pdf/agambem-dispositivo.pdf>.
- Aichhorn, A. (2006/1956[1925]). *Juventud desamparada*. Barcelona, España: Gedisa.

- Alberti, S. (2009). *Esse sujeito adolescente*. Rio de Janeiro, Brasil. Contracapa.
- Boaventura, M. & Pereira, M. (2015). *Lá fora... na rua é diferente! Adolescência, escola e recusa*. Belo Horizonte, Brasil. Appris.
- Bolaños, D. (2011). *Fútbol: tradiciones y pasiones en fanáticos*. Armenia, Colombia: Kinesis.
- Bolaños, D. (2017). *Respiramos el mismo aire, pero somos diferentes: Constitución de subjetividad en adolescentes integrantes de agrupaciones juveniles de ciudad en Mar del Plata (Argentina) y Cali (Colombia)*. Tese (Doutorado em Educação) – Faculdade de Educação, Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil.
- Bonder, G. (1998). Género y subjetividad: Avatares de una relación no evidente. En: *Género y epistemología: mujeres y disciplinas*. Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG). Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- Caffarelli, C. (2008). *Tribus urbanas. Cazadores de identidad*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.
- Caiafa, J. (1985). *Movimento Punk na cidade – a invasão dos bandos sub*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar. Versión digital. Disponible en: <https://moodle.ufsc.br/.../CAIAFA,%20Janice.%20O%20movimento%20punk>.
- Calligaris, C. (2000). *Adolescência*. São Paulo, Brasil: PubliFolha.
- COUTINHO, L. G. . Da metáfora paterna à metonímia das tribos. Rubedo, 1999.
- De Olivera, M., Camilo, A. & Assunção, C. (2003). Tribos urbanas como contexto de desenvolvimento de adolescentes: relação com pares e negociação de diferenças. En: *Temas em Psicologia de SBP*, 11(1), 61-75.
- Derrida, J. (1997). *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Enríquez, E. (1991). *Da Horda ao Estado. Psicanalise do vínculo social*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.
- Erikson, E. (1971/1950). *Infância e sociedade*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.
- Erikson, E. (1976/1958). *Identidade, juventude e crise*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.
- Firpo, E. M. (2015). *La construcción subjetiva y social de los adolescentes. Vigencia del Psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Freud, S. (1974/1914). Sobre o narcisismo- uma introdução. En: *Edição Standard Brasileira das Obras Psicológicas Completas de Sigmund Freud* (Vol. XIV, pp. 19 – 27). Rio de Janeiro, Brasil: Imago.
- Freud, S. (1975/1905a). El chiste y su relación con el inconsciente. En J. Strachey (Ed.), J.L. Etcheverry & L. Wolfson (Trads.). *Obras Completas* (Vol. VIII, pp. 1-248). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Freud, S. (1976/1921). Psicología de las masas y análisis del Yo. En J. Strachey (Ed.), J.L. Etcheverry & L. Wolfson (Trad.). *Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 1-36). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (1980/1917). Conferência introdutória 21. O desenvolvimento da libido e as organizações sexuais. En: *Edição Standard Brasileira de las Obras Psicológicas Completas* (Vol. XVI, pp. 292-308). Rio de Janeiro, Brasil: Imago.
- Freud, S. (1985/1904). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Bogotá, Colombia: Círculo de Lectores.
- Freud, S. (1992/1905b). Tres ensayos de teoría sexual. En J. Strachey (Ed.), J.L. Etcheverry & L. Wolfson (Trad.). *Obras Completas* (Vol. VII, pp. 109-224). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gallo, H. y Ramírez, M. (2012). *El psicoanálisis y la investigación en la universidad*. Buenos Aires, Argentina: Grama.
- Guerra, A. Freitas, C. Da Costa, M. Brandão e Souza, M. Moreira, P. Da Silva, R. (2015). *A assistência social publica na interface entre subjetividade e política*. Belo Horizonte, Brasil: Scriptum.
- Gutierra, B. (2011). *Adolescência, Psicanálise e Educação*. São Paulo, Brasil: Avercamp.
- Lacadée, P. (2007a). A passagem ao ato dos adolescentes. *A Sefallus*, II(4), 1-10.
- Lacadée, P. (2007b). O risco da adolescência, Estado de Minas Gerais, Belo Horizonte, 16 jun. *Caderno Pensar*, (pp. 1-3). Artículo traducido al portugués por Bernadete Carvalho y revisado por Cristiana Pittella para el periódico Estado de Minas Gerais.
- Lacadée, P. A (2011). *O despertar e o exílio*. Rio de Janeiro, Brasil: Contra capa.
- Lacan, J. (1974-1975). Seminario RSI. En *Psikolibro*. Disponible en: <http://centrodedifusionyestudiospsicoanaliticos.files.wordpress.com/2013/03/20-seminario-22.pdf>.
- Lacan, J. (2003/1974). Prefacio a "O despertar da primavera". En *Outros escritos*. Rio de Janeiro, Brasil. Zahar.
- Lacan, J. (2008/1932). *De la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- Lesourd, S. A. (2004). *Construção social adolescente no laço social*. São Paulo, Brasil: Vozes.
- Maffesoli, M. (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona, España: Icaria.
- Maffesoli, M. (1993). *El conocimiento ordinario*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Maffesoli, M. (1996). *Elogio de la razón sensible*. Barcelona, España: Paidós.
- Maffesoli, M. y Gutiérrez, D. (2004). Prólogo de la versión en español de *El tiempo de las tribus*. México: Siglo Veintiuno Editores.

- Maheirie, K. (2002). Constituição do sujeito, subjetividade e identidade. *Interações*, 7(13), 31-44. Disponible en: www.redalyc.org/articulo.oa?id=35401303.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1997). Buenos Aires y los jóvenes: las tribus urbanas. En: *Revista Estudios Sociológicos*, XVI(46), 25-35.
- Matheus, T. (2007). *Adolescência*. São Paulo, Brasil: Casa do Psicólogo.
- Melman, C. (1997). Os adolescentes estão sempre confrontados ao minotau-ro. Em *Adolescência entre passado e o futuro* (pp. 29-44). Porto Alegre, Bra-sil: Artes y Ofícios, 1997,
- Melman, C. (1999). O que é um adolescente? In *Congresso Internacional de Psi-canálise e suas Conexões: O adolescente e amodernidade*. Tomo II (pp. 21-36). Rio de Janeiro, Brasil: Escola Lacaniana de psicanálise.
- Nasio, J. (1991). *A criança magnífica da psicanálise*. Rio de Janeiro, Brasil: Zahar.
- Pereira, M. (2014). Quem come as uvas verdes dos excessos pulsionais na transmissão? Em *memorias del X Colóquio internacional do LEPSI "Crianças públicas, adultos privados"; V Congresso da RUEPSY – Rede Uni-versitária Internacional em Educação e Psicanálise; e I Congresso Brasileiro da Rede INFEIES*. São Paulo, Brasil: 05/11/2014 e 08/11/2014.
- Quiroga, E. (1997). *Adolescencia: del goce orgánico al hallazgo del objeto*. Buenos Aires, Argentina: Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Oficina de Publicaciones.
- Ramírez, M. (2014). *Despertar de la adolescencia*. Buenos Aires, Argentina: Grama.
- Ramírez, M. et. al. (2013). *Conductas de riesgo en el ámbito escolar*. Medellín, Colombia: Nueva Escuela Lacaniana.
- Sueiro, V. (1992). *Nosotros los adolescentes*. Buenos Aires. Argentina: Beas.
- Winnicott, D. (1960). *Adolescencia. Obras completas*. Psikolibro. Libro digital.
- Winnicott, D. (1967). La delincuencia juvenil como signo de esperanza. (Conferencia pronunciada en el Congreso de Subdirectores de Reforma-torios, reunidos en el King Alfred's College, Winchester, abril de 1967). En: *Obras completas*. Psikolibro. Libro digital.
- Zacché, S. (2012). Adolescência e infração: questão da modernidade. En Pe-reira, M. R (Org.). *A Psicanálise, escuta e educação. 10 anos depois* (pp. 55-73). Belo Horizonte, Brasil: Fino Traço.